

El Retablo del Duende del pintor Augusto Puig

En el Salón Picasso del Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares se celebró, en el pasado mes de junio, un triple homenaje a la memoria de Carmen Amaya, impresionantemente presente allí gracias a unas ampliaciones de Colita.

Consistió el homenaje en una hábil presentación por Cesáreo Rodríguez, una magistral y emotiva lectura de la conferencia de García Lorca «Teoría y juego del Duende» llevada a cabo por el gran actor Martori, y la exposición del «Retablo del Duende» de Augusto Puig. El retablo es una glosa plástica de veinte imágenes poéticas, enmarcando la representación pictórica del «Duende». Todo venía centrado en Amaya porque ésta era una predilecta del Duende, que la poseía y la hacía segregar un arte alucinante que arrastraba y enardecía a su público. Según el poeta, el Duende no hace como el Ángel que deja pasivo al artista, ni como la Musa que lo dirige y lo limita; el Duende hiere y penetra todo el ser del artista dándole un poder activo de improvisación creadora. El Ángel enciela, la Musa eleva y el Duende terreza, y a veces el alcohol prepara a su escogido como a la «cantaora decrepita» de Lorca y como a Mussorgsky y otros. Se ha de evitar al Ángel y rechazar a la Musa para que aparezca el Duende.

Augusto Puig es un excelente pintor que partiendo de un estimable postimpresionismo ha llegado a la pintura abstracta neofigurativa a través de una honrada evolución sin abjurar de las realidades pictóricas, sin dejar a un lado los elementos naturales que la vista capta con deleite. No hay pues en él sospechosos cambios repentinos e imprevistos, ni tiene tampoco la turbia dualidad del que sirve a dos señores antagónicos. Por eso no se ha estrellado en lo ininteligible, en lo incommunicable y en lo impersonal, que son los factores que han alejado al público del abstractismo a ultranza.

Nuestro artista con una técnica estrictamente pictórica de difícilísima imitación llega a las síntesis plásticas del «Retablo del Duende» que vamos a enumerar.

El plafón central (1) nos muestra al Duende como una exhalación candente que chisporrotea y desprende centelleos vibrantes, al mismo tiempo que muestra concreciones bestiales para enloquecer y anonadar o para pinchar al escogido, enardecándolo, encrespándolo y hasta abocándolo al paroxismo. El Duende no se repite nunca, como el mar en la borrasca (7), como el aire sobre la arena que se amontona en las dunas (10); el primero de expresión violenta, la segunda de notable espacialismo. La llegada del Duende es casi como una bochornosa y amenazadora tempestad (2), como furioso y abrasador amigo de vientos cargados de arena (3) o como un sincretismo misterioso más de poder que no de obrar (15-18) que todos sienten y ningún filósofo explica como dijo Goethe y reprocha Lorca. El Duende gusta de las posibilidades trágicas como de los bordes del pozo (11) que se deforma para engullir, como en el toreo (4) donde sus acentos son más impresionantes cuando no degenera en estúpido desafío suicida; y produce heridas que no se cierran nunca (14), dislocaciones siniestras con posibilidad de muerte (8) y, con mágico poder, paraliza a la muchacha (20). El Duende tiene sonidos negros, notas bajas y ruidos profundos como los de los volcanes (5-16); también se deleita, sin embargo, rechazando toda la geometría aprendida y opera sobre los brazos con expresiones madres de la danza (6); permanece donde las formas se funden en un anhelo superior a las expresiones visibles (19); reposa exprimiendo «limones de madrugada» (9); da sensaciones de frescura inéditas como rosa recién creada (13) y llena de rubores adolescentes al viejo roto (17).

Aquí tenemos pues el abstracto tema del Duende explicado en abstracto sin perder referencias del mundo sensible, sin «Duende» pero con Musa.

Este es el mayor mérito de la obra de Augusto Puig Bosch y por esto no se encuentra en un callejón sin salida como los abstractos puros y por esto sus producciones continúan siendo totalmente adquiridas en las colecciones europeas y americanas.

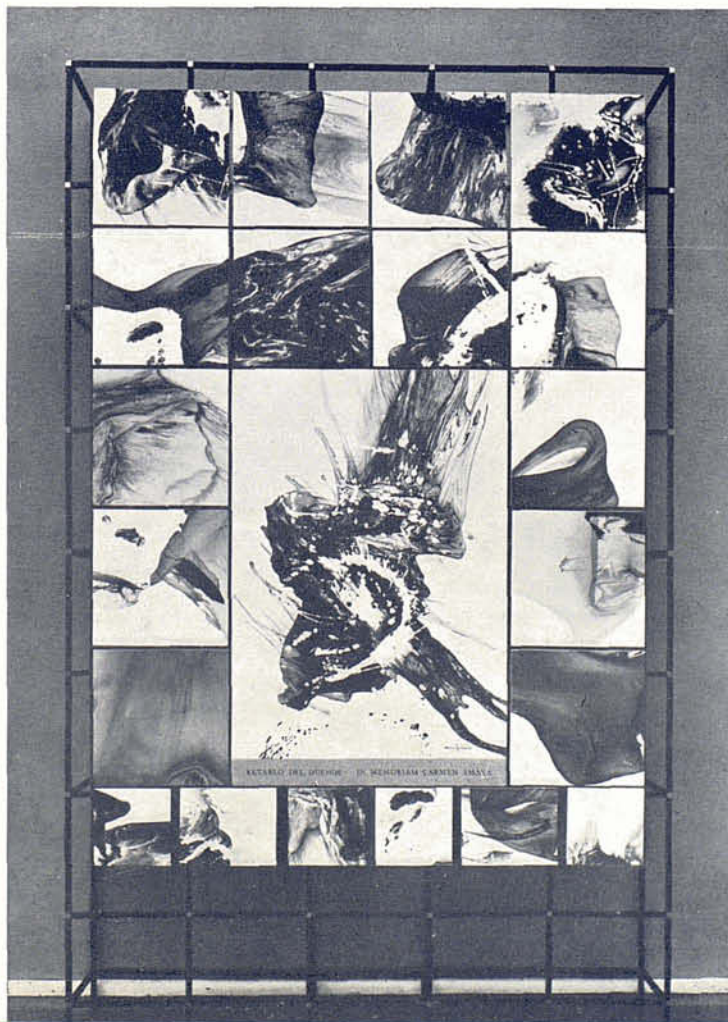
A los dieciséis años Puig exhibió sus primeras pinturas en la exposición de «Els Blaus de Sarriá», a la que siguieron una veintena de colectivas y veintisiete individuales (París, Montecarlo, Berna, Stockholm, Lund, Göteborg, Frankfurt, Wuppertal, Berlín, Düsseldorf, Barcelona, Saint Gallen, Madrid y Londres), culminando en la antológica de la Fundación Kestner de Hannover donde expuso las setenta obras más características y en la Tauromaquia del Museo de Frankfurt donde sus sesenta y nueve imágenes poéticas del «Llanto por I. Sánchez Mejías» se colocaron junto a las obras de Goya y Picasso. Dentro de la misma línea se sitúan los nueve paneles sobre Otelo que aportó a la exposición de homenaje a Shakespeare del Instituto Británico de Barcelona, y el Retablo del Duende. Para mayo próximo le han reservado la Sala de Bellas Artes de Madrid donde presentará sus grandes composiciones: «Olimpiada 1964» (dedicada a su amigo Pamieh, recordman mundial), «La cogida... del Cordobés», «Retablo del Quijote», «El Eclipse» e «Iberia 1964». Como los demás abstractos catalanes ha triunfado en el extranjero pero ha impresionado poco a los coterráneos que siguen adictos a la constante figurativa occidental y principalmente a la mediterránea.

Este homenaje a Carmen Amaya tuvo, como toda buena fábula, su moraleja: la atención preferente del público fue para la conferencia de Lorca; después para el Retablo y en último término para la canción de Carmen que sin mímica pierde atractivo.

El contenido poético de la conferencia es avasallador haciéndose perdonar las béticas exageraciones y los patinazos filosóficos; el Retablo tiene una dosis pequeña de poesía y la canción la tiene todavía más pequeña.

¡Ay! de las producciones artísticas (literarias, musicales, plásticas o mixtas) que no tengan sus elementos peculiares mezclados poéticamente. Por algo los psicólogos señalan al poeta como prototipo de la personalidad artística.

JOAN BERGÓS, Arqto.



2	3	4	5
6	7	8	9
10			11
12	1		13
14			15
16	17	18	19
			20
			21